

Cien años después de la gran *Guerra contra la Triple Alianza*, el Paraguay terminaba de construir y perfilar en su horizonte político y social a sus figuras heroicas. El tiempo histórico presente coincidía –no casualmente- con un largo periodo de autoritarismo militar iniciado con posteridad a la Guerra del Chaco 1932-1935.

Si bien es cierto que el nacionalismo paraguayo se forjó como una respuesta al liberalismo desde finales del siglo XIX, fue en vísperas a un nuevo enfrentamiento bélico internacional con Bolivia, que los hombres y sus uniformes, que las batallas y las armas, que los *bravos asaltos* y las *heroicas retiradas*, darían forma a un verdadero combate por la memoria, forjado en medio de tensiones por la reminiscencia de la guerra en la mente y el corazón de los sobrevivientes.

Habilitado por sus *heroicos* generales, por los espacios físicos de la guerra, por el recuerdo de las fechas, por el nombre que evocaban las batallas, Francisco Solano López regresaría -legitimado por el Estado- desde el lugar de *enemigo del género humano* al de *héroe máximo de la patria*. La acción discursiva, constructora y legitimadora de esta *nueva nación* permeaba todos los estratos, así por ejemplo, los textos escolares daban paso al heroísmo masculino vestido de militar. El día del niño paraguayo festejado desde inicios del siglo XX sobre la imagen de un estudiante, se encubrió para dar paso al niño soldado: uniformado y con lanza en la mano, dispuesto a morir por la patria.

Las mujeres no estuvieron ausentes. También a las *ellas*, hubo que perfilarlas en ese pasado. La década del centenario de la Guerra Grande coincidió además, con el acceso al voto y la ciudadanía por parte de las paraguayas, y por las negociaciones con el Brasil por el control energético del río Paraná, es decir, la construcción de la represa de Itaipú. En ese contexto retornó al Paraguay entre múltiples trofeos de guerra, el *Libro de Oro*, obsequio que hicieran las mujeres paraguayas a Francisco Solano López conteniendo las adhesiones de cada pueblo del país en la gran *Donación de Joyas para Sagrada Causa Nacional*.

Si bien, en febrero de 1867 una de las principales promotoras de la colecta, doña Escolástica Barrios de Gill decía en un largo discurso “¿*Qué valor puede tener las alhajas, y que hoy intentemos despojarnos, para ofrecerlas a la patria, cuando la sangre que corre por nuestras venas, es la que se está sacrificando en holocausto por la libertad de nuestra patria?*” no podría desconocerse que las llamadas *Asambleas del Bello Sexo* significaron en aquellos meses, una notoria participación en el debate público sobre la guerra que incluyeron asociaciones, tareas administrativas, preparativos de mítines, discursos, oratoria, entre otras manifestaciones. El Mariscal López otorgó, al menos discursivamente, la ciudadanía para las mujeres. Las mismas empezaron a llamarse oficial y públicamente *conciudadanas*, aunque la misma en la práctica, su ejercicio haya estado limitado.

Joyas donadas se transformaron en parte, en personales obsequios al Mariscal. Un libro completamente enchapado y trabajado en oro, una bandeja labrada de plata, una espada de oro y piedras preciosas, y un proyecto de gorro y faja con guirnalda también en oro, completaban así un acto de lealtad y confianza -con sus propias lecturas- hacia Francisco Solano López. Cien años después, el heroísmo femenino adscribía también a nuevas lealtades al gobierno del General Stroessner, la mayoría de ellas políticas, como la lucha contra el comunismo y el fortalecimiento del Partido Colorado.

La mujer recordada de la guerra caía así en la categoría de *donadora de joyas, abnegada acompañante* del ejército, laboriosa *residenta* -mujer que trabajaba los campos y las chacras a modo de sostener la retaguardia- y *heroica* soldado tal como decía un himno en 1868: “*Marchemos, marchemos/volando a la lid/y toda aregüeña empuñe un fusil/Dejemos las rucas/ que suena el clarín/ y toda aregüeña/ empuñe el fusil.*” Las categorías, aunque ciertas en cuanto al rol desempeñado, fueron destacadas para perfilar un ideal afín a ese presente.

Tuvieron que transcurrir algunos años de la caída del régimen dictatorial, para no sólo citarlas sino comprenderlas en un contexto social a las cientos o miles de *Melchora Rodríguez* o *Inocencia Samaniego*, esclavas paraguayas que recibían pagas del Estado por el lavado de las ropas del hospital. O que las donaciones más importantes fueron en especias, como los miles de cigarros donados por la guaireña *Asunción Marecos*, que además demostraba que pese a las limitaciones, el liado de tabaco seguía una marcada tradición femenina. Lo mismo pudo ser leído -cuando desde las anotaciones que hicieron los jefes políticos- de las donaciones de *camisas de cuello y puños azules*, calzoncillos *con flecadura* y chiripás hechos -ante la escasez del algodón- con fibras de coco y caraguatá, siguiendo una antiquísima tradición indígena. O que las mujeres, oficialmente reconocidas como proveedoras del Estado que además de abastecer de alimentos y necesidades al ejército, hacían de transporte de los efectos, desde diferentes puntos del país.

Sin una presión política, aparecieron las *Elicea Rodríguez*, presa por manifestar que los periódicos oficiales eran mentirosos; las *Paulina Villalba*, que decía que prefería tener a su marido lisiado en el hogar que en el frente de batalla, las *Gregoria Cantero*, presa por acusar al Mariscal de enviar soldados al frente bajo efecto del alcohol. Una categoría permaneció sin embargo, siempre en un limbo histórico: las *Destinadas*.

Traidoras a los ojos de López y el lopizmo posterior, la caracterización de las mismas también fue hecha en dirección opuesta a la abnegación como valor, siguiendo un mismo eje: el Mariscal. De las impías se hablaba a escondidas: las *Chepita Barrios*, lanceada en Puerto Panadero, las *Felicia de Pedrueza*, lanceada en Concepción; las *Juliana Insfrán de Martínez*, torturada y fusilada en San Fernando. Llamadas *traidoras a la causa* en el pasado, bien pudieron ser redibujadas por el nacionalismo a inicios del siglo XX como *legionarias* -las heroínas del Partido Liberal- y cincuenta años después, como contrarias al régimen político del Gral. Stroessner.

La libertad permitió y sigue permitiendo ver *otra* guerra, ver a las *otras* ellas. Las mujeres en los márgenes de una categoría discursiva; las mujeres que ejecutaron acciones, a veces genuinas y a veces forzadas; las que tomaron decisiones propias al inicio de la guerra y las que en medio de indecibles penurias realizaron elecciones entre la vida y la muerte. Las paraguayas al fin, que tuvieron que hacerse cargo –real o imaginado- de una nación llena de múltiples ausencias.

Ana Barreto Valinotti, Historiadora. Asunción, Paraguay, Octubre 2017